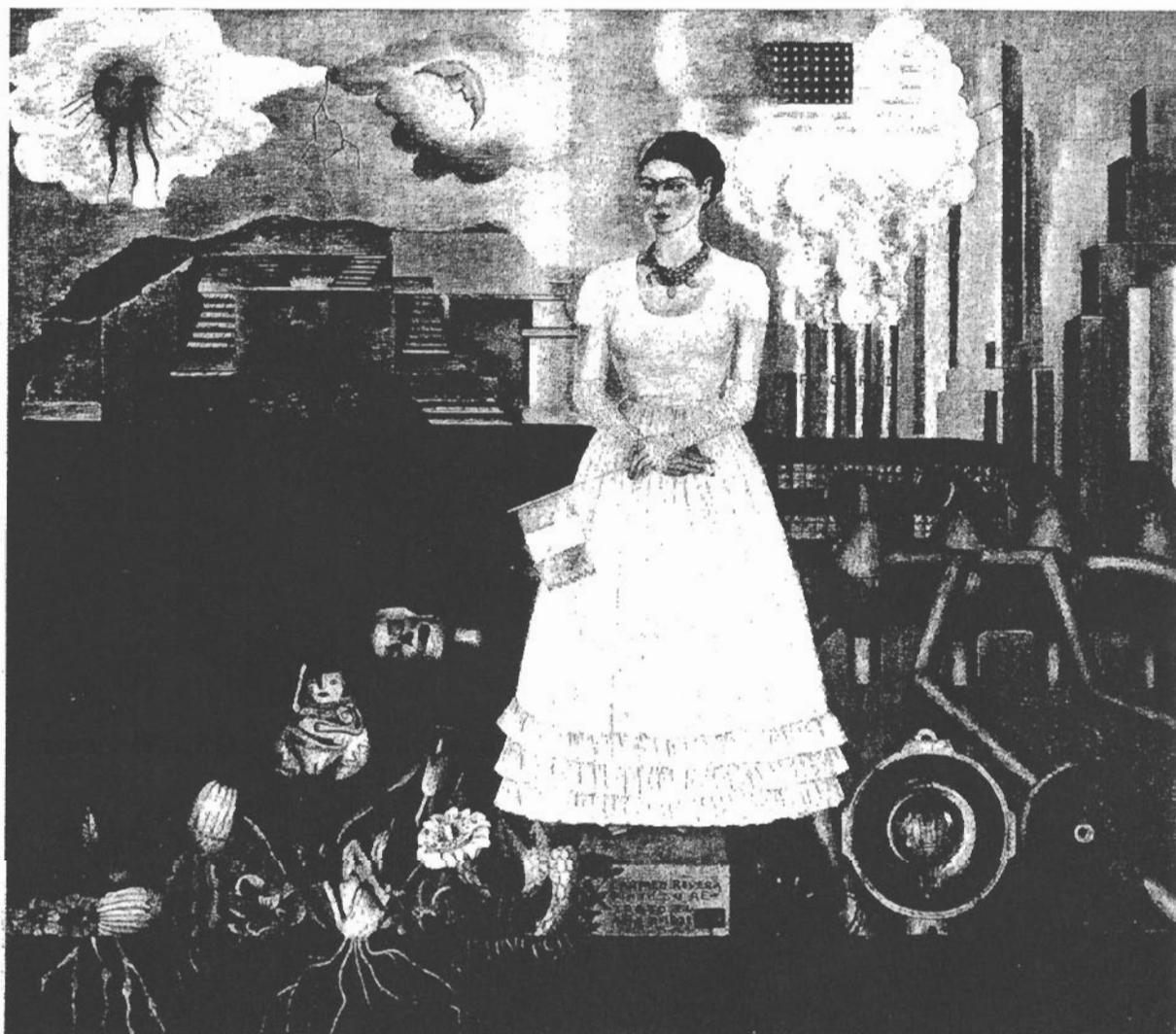


FRONTERAS FRAGMENTADAS

Gail Mummert
Editora



EL COLEGIO DE MICHOACÁN
CIDEM

304.873072
FRO-

Fronteras fragmentadas / Gail Mummert, editora.- Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán, 1999.
595 p.: il.; 28 cm.
ISBN 970-679-012-8

1. E.U.A. - Emigración e Inmigración.
 2. Migrantes
 3. Género, Estudios de
 4. Familia - Estudios de Caso
 5. Identidad
- I. Mummert, Gail, ed.
II. t.

Ilustración de portada: "Autorretrato en la frontera entre México y Estados Unidos", de Frida Kahlo, 1932.
Amablemente proporcionada por la señora María Rodríguez de Reyero

© D. R. El Colegio de Michoacán, A. C., 1999
Martínez de Navarrete # 505
Esquina Avenida del Árbol
59690 Zamora, Michoacán.
publica@colmich.edu.mx

© Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán, 1999
Calzada Juárez 1446,
Colonia Villa Universidad
58260 Morelia, Michoacán.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ISBN 970-679-012-8

ÍNDICE

FRONTERAS FRAGMENTADAS, IDENTIDADES MÚLTIPLES <i>Gail Mummert</i>	11
VISIONES DEL TRANSNACIONALISMO Y DE LA VIDA TRANSNACIONAL	
EL RETO DE LA GLOBALIZACIÓN: RECONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES, FORMAS DE VIDA TRANSNACIONALES Y LAS CIENCIAS SOCIALES <i>John Gledhill</i>	23
REFLEXIONES SOBRE MIGRACIÓN, EL ESTADO Y LA CONSTRUCCIÓN, DURABILIDAD Y NOVEDAD DE LA VIDA TRANSNACIONAL <i>Robert C. Smith</i>	55
LAS LOCALIZACIONES DEL TRANSNACIONALISMO <i>Luis Eduardo Guarnizo y Michael Peter Smith</i>	87
DIVERSIDAD DE FORMAS DE VIDA EN ESPACIOS TRANSNACIONALES	
"¡A LA AVENTURA!": JÓVENES, PANDILLAS Y MIGRACIÓN EN LA CONEXIÓN MONTERREY-HOUSTON <i>Rubén Hernández León</i>	115
FAMILIAS TARASCAS EN EL SUR DE ILLINOIS: LA REAFIRMACIÓN DE LA IDENTIDAD ÉTNICA <i>Warren D. Anderson</i>	145
LA INTEGRACIÓN DE LOS INGENIEROS Y CIENTÍFICOS MEXICANOS EN SILICON VALLEY <i>Rafael Alarcón</i>	167
TRANSNACIONALISMO Y FRAGMENTACIÓN: UN ACERCAMIENTO A TRABAJADORES AGRÍCOLAS MIGRANTES MEXICANOS <i>Carlos Buitrago y Eva Villalón Soler</i>	185

FORJANDO NOCIONES DE MEXICANIDAD

LA INVENCION DEL IMAGINARIO DEL MÉXICO
ARTÍSTICO-REVOLUCIONARIO, 1920-1934

Alicia Azuela

197

ESTUDIOS TRANSNACIONALES Y CIUDADANÍA TRANSNACIONAL
Federico Besserer

215

FORMAS DE EXPRESIÓN EN UNA COMUNIDAD TRANSNACIONAL:
CINCO DE MAYO MEXICANO Y CHICANO

EN LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

Mariángela Rodríguez

239

TRANSMIGRANTES, ORGANIZACIONES TRANSNACIONALES Y EL ESTADO

"EL OTRO LADO"

Moisés Cruz

265

PROMOVIENDO IDENTIDADES: LAS RELACIONES DEL ESTADO MEXICANO CON LAS
COMUNIDADES DE ORIGEN MEXICANO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Carlos González Gutiérrez

271

EL ESTADO MEXICANO Y LAS ORGANIZACIONES TRANSMIGRANTES:

¿RECONFIGURANDO LA NACIÓN Y LAS RELACIONES ENTRE

ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL?

Luin Goldring

297

POLÍTICA SIN FRONTERAS O LA NACIONALIDAD POSTMODERNA:

LOS EMIGRANTES ENTRE MÉXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS

Arturo Santamaría Gómez

317

APRENDIENDO AQUÍ Y ALLÁ

LA NEGOCIACIÓN ENTRE DOS CULTURAS: ADAPTACIÓN Y RESISTENCIA
DE LATINAS CON RESPECTO A LA EDUCACIÓN DE SUS HIJOS EN CHICAGO

Irma Olmedo

341

LA EDUCACIÓN EN LA EXPERIENCIA MIGRATORIA DE NIÑOS MIGRANTES

Gustavo López Castro

359

LA PERTENENCIA A DOS CULTURAS: UN APRENDIZAJE PARA LA VIDA

Cristina Bottinelli Cardoso

375

IGLESIAS SIN FRONTERAS

MIGRANTES Y CONVERSOS RELIGIOSOS: CAMBIOS DE IDENTIDAD CULTURAL
EN EL NOROESTE DE MICHOACÁN

Miguel Hernández Madrid

393

LA CONVERSIÓN DE INMIGRANTES MEXICANOS
AL PROTESTANTISMO EN CHICAGO

Lindy Scott

405

RELACIONES FAMILIARES Y DE GÉNERO EN REDEFINICIÓN

DISEÑANDO NUEVAS IDENTIDADES. LAS UNIONES MATRIMONIALES
ENTRE LOS MIGRANTES MIXTECOS EN TIJUANA

Françoise Lestage

421

MATRIMONIOS MIXTOS Y MIGRACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS:
NUEVAS TENDENCIAS

Jorge Durand y Enrique Martínez Curiel

437

"JUNTOS O DESAPARTADOS": MIGRACIÓN TRANSNACIONAL
Y LA FUNDACIÓN DEL HOGAR

Gail Mummert

451

LA REPRODUCCIÓN DE RELACIONES DE GÉNERO EN LA COMUNIDAD
DE MIGRANTES MEXICANOS EN NEW ROCHELLE, NUEVA YORK

Victoria Malkin

475

CONSUMIDORES DE OBJETOS CULTURALES

EQUIPAJE CULTURAL: OBJETOS, IDENTIDAD Y TRANSNACIONALISMO
EN GUERRERO Y CHICAGO

Judith A. Boruchoff

499

LA INDUSTRIA SALVADOREÑA DE REMESAS

Sarah J. Mahler

519

EL MARIACHE COMO PARTÍCULA DE IDENTIDAD EN EL NORTE

Álvaro Ochoa Serrano

545

FRONTERAS E IDENTIDADES EN VILO

FRONTERAS FRAGMENTADAS, FRONTERAS REFORZADAS

Michael Kearney

559

VIAJES NO UTÓPICOS EN GRINGOLANDIA: LOS MIGRANTES MEXICANOS

COMO PIONEROS DE CAMBIOS CULTURALES GLOBALES

Matthew C. Gutmann

573

ACERCA DE LOS AUTORES

585

ÍNDICE ANALÍTICO

593

MATRIMONIOS MIXTOS Y MIGRACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS: NUEVAS TENDENCIAS

*Jorge Durand
Enrique Martínez Curiel*

Desde comienzos del siglo XX coincidieron en Estados Unidos dos procesos migratorios muy distintos. Desde Ellis Island en el norte se abrieron las puertas a la inmigración sobre todo europea de carácter definitivo. Aunque la ubicación de esos inmigrantes estuvo mediada por los grupos y organizaciones de connacionales a los que pertenecían, no cabe duda que se suscitó un proceso de integración a la sociedad norteamericana (Chermayeff 1991). En tanto en el sur, en El Paso, Texas, se contrataban miles de mexicanos que como trabajadores temporales iban y regresaban de Estados Unidos de acuerdo con el ritmo que marcaban las cosechas y las fábricas, al rumbo que seguían el tendido de los rieles para el ferrocarril y el avance de las carreteras.

Esa migración laboral de carácter temporal e itinerante que se suscitó en el sur no favoreció la instalación e integración de los trabajadores mexicanos a la sociedad norteamericana. De hecho, los patrones migratorios que resultaron de las diferentes y sucesivas políticas de Estados Unidos reforzaron durante mucho tiempo la movilidad espacial y la inestabilidad laboral de los trabajadores, situación que estimulaba, a fin de cuentas, el retorno de los migrantes a México. Como se sabe, en los años 1920 y 1930 estuvieron marcados por el signo de la deportación que repatrió a México a cerca de medio millón de personas (Guzmán 1979). Más tarde, cuando se echaron a andar los Programas Braceros (1942-1964), se conformó una migración laboral exclusivamente masculina, temporal y rural en cuanto a su origen y su destino: los quehaceres agropecuarios. Durante la vigencia de los contratos llegaron a Estados Unidos alrededor de cinco millones de campesinos jóvenes provenientes de áreas rurales de los estados del centro-occidente de México (Morales 1982). Durante la fase indocumentada posterior (1964-1986), se despojó al migrante de cualquier asidero legal que le permitiera quedarse e integrarse en la sociedad receptora: el trabajador indocumentado podía ingresar de manera subrepticia por la frontera y se le dejaba trabajar pero siempre bajo la amenaza de una eventual deportación. Desde luego que hubo excepciones y el paso del tiempo y las generaciones acumuló paisanos que se convirtieron en el fermento de las comunidades mexicana y chicana en el otro lado. Pero la preferencia mayoritaria y más arraigada era todavía la del retorno a México. De hecho, más de la mitad de los migrantes de la región occidental reportó haber realizado un sólo viaje a Estados Unidos (MMP 1997).

El vacío legal que durante tanto tiempo avaló la contratación de mano de obra temporal e indocumentada cambió a partir de 1986. La promulgación de la ley de Reforma y Control de la Inmigración (IRCA) benefició con una amplia amnistía a los indocumentados de tal modo que más de dos millones de trabajadores mexicanos legalizaron su estancia en el otro lado. En verdad, a partir de IRCA se inauguró una nueva fase migratoria, distinta a las anteriores: se trata ahora de migrantes mayoritariamente legales; ha habido un incremento de la migración femenina e infantil que permite hablar de una migración familiar; han aumentado los migrantes de origen urbano y se ha resquebrajado el patrón tradicional de migración de retorno.

Este nuevo contexto ha impactado las expectativas respecto a la integración en Estados Unidos. Un buen indicador de ese proceso es, dicen los demógrafos, el índice de matrimonios mixtos, es decir, la proporción de parejas que se forman con miembros de grupos sociales distintos. Diversos autores coinciden en señalar que la ruptura de las barreras de nacionalidad, etnia, raza y religión que supone el matrimonio mixto resquebraja la cohesión cultural del grupo minoritario y de ese modo comienza a darse la integración a la sociedad receptora (Nostrand 1976; Murguía 1982; Schoep *et al.* 1978).

A partir del estudio de una comunidad jalisciense de vieja tradición migratoria a Estados Unidos, este artículo constata el notable aumento en el número de matrimonios mixtos que se ha suscitado desde mediados de los ochenta. Sin embargo, esta constatación no significa que se haya dado un proceso unilineal de integración a la sociedad norteamericana. A través del matrimonio mixto parecería darse un reforzamiento de las redes sociales y de la identidad cultural latina en un sentido mucho más amplio y complejo que lo que había sucedido en épocas anteriores. El cambio en el patrón migratorio parecería haber sido un detonador crucial de esta dinámica matrimonial.

La investigación se realizó en la población de Ameca mediante la combinación de técnicas etnográficas –trabajo de campo, entrevistas– y análisis documental: recopilación de información estadística en los archivos civil y eclesiástico locales. En total, se detectaron 140 casos de matrimonios mixtos ocurridos entre 1965 y 1996, pero sólo se obtuvo información completa para 100 casos.¹

Un nuevo patrón migratorio

La migración entre México y Estados Unidos fue drásticamente transformada cuando Estados Unidos decidió, en 1986, cambiar su política migratoria. A raíz de IRCA se modificó la situación legal de los migrantes mexicanos. En un informe reciente de *Migration News* (1997) se estimó en siete millones la población mexicana en Estados Unidos en 1996. Un millón de ellos eran naturalizados (14.2%), cuatro millones residentes legales (57%) y dos millones, es de-

1. La investigación forma parte del Mexican Migration Project, que codirigen Douglas S. Massey y Jorge Durand. El trabajo de campo estuvo a cargo del sociólogo Enrique Martínez Curiel, investigador del proyecto.

cir, menos de una tercera parte (28.5%), indocumentados (McDonell 1997). De acuerdo con la cifra que proporciona el Servicio de Inmigración y Naturalización (INS), que por tradición y oficio exagera el número de indocumentados, en Estados Unidos en 1996 había 2.7 millones de indocumentados que, en esa versión, representarían poco más de un tercio (38%) de total de mexicanos en la Unión Americana.

Los migrantes legalizados por IRCA y los que más tarde se acogieron al recurso de la reunificación familiar se enfrentaron a una situación inédita que les abrió una serie de oportunidades inimaginables en su condición anterior de indocumentados: posibilidad de alargar la permanencia en Estados Unidos de manera indefinida, de entrar y salir libremente del país, de optar por la naturalización –sin perder su nacionalidad de origen–, de hacer uso de los beneficios sociales que siempre habían pagado y poco habían usado, de buscar mejores alternativas laborales, de desplazarse sin temor por la ancha y extensa geografía norteamericana. Queiriéndolo o no, la legalidad los llevó a redefinir sus escenarios de vida y trabajo: ahora podían escoger el lugar de residencia y empleo en Estados Unidos, el destino de sus ahorros e inversiones, el tiempo de la permanencia en el Norte, el retorno a México.

El cambio se dejó sentir, por primera vez, en la proclividad a la naturalización en Estados Unidos. Los mexicanos eran el grupo inmigrante que registraba los menores índices históricos de naturalización: 2.8% en comparación con 8% de los centroamericanos, 14.3% de los caribeños y 16% de los sudamericanos en 1993-1994 (U.S. Department of Labor 1996). Sin embargo, entre 1994 y 1996 las solicitudes de naturalización se incrementaron de manera notable. De hecho, en 1996 se naturalizó 1.1 millón de personas (McDonell 1997). Este incremento en el número de aspirantes a la naturalización se atribuye a dos factores: la legislación reciente que limita el acceso de los residentes legales a dos prestaciones sociales claves de atención médica (como son el Medicare y el Medicaid) y los ataques de índole racista que ha sufrido la población migrante a raíz de la proposición 187. La población mexicana, muy afectada por la política discriminatoria actual, ha tenido que optar por la naturalización como una vía para enfrentar los embates de los políticos que han descubierto en las campañas antiinmigrantes un resorte sensible de movilización social en estados como California y Florida.

En ese ambiente discriminatorio, el cambio de nacionalidad ha derivado en un cambio de actitud de los migrantes respecto a su integración en el otro lado: la discriminación los ha obligado a entrar, como nunca antes, a la participación política mediante la lucha electoral. Se afirma que hoy por hoy el voto latino es el que puede decidir una elección en por lo menos cuatro estados del sur de la Unión Americana: Arizona, California, Florida y Texas. El triunfo de Loretta Sánchez en el condado de Santa Ana, California, se debió al voto mexicano, en especial al apoyo de los votantes apenas naturalizados que fueron rápidamente organizados por la Hermandad Mexicana Nacional (McDonell 1997).

En la práctica, la legalización, que abrió la posibilidad de acceder a mejores empleos y mayores salarios, ubicó a los mexicanos en una mejor posición para interactuar con otros grupos de la sociedad norteamericana y les otorgó mayores perspectivas de movilidad social:

cambio de empleo, de lugar de residencia, mejor manejo del medio y del idioma. A muchos migrantes, sobre todo a los jóvenes, el cambio de condición, de oportunidades, de participación, los colocó en una situación también diferente respecto a las opciones matrimoniales.

Los migrantes indocumentados excluidos del proceso de legalización tuvieron que hacer frente a una coyuntura diferente. El incremento en el costo y riesgo de cruzar la frontera ha obligado a los indocumentados de ahora a alargar su estancia en el otro lado hasta donde les sea posible, sin la posibilidad del retorno anual que acostumbraban. A los solteros indocumentados que buscan quedarse en Estados Unidos sólo les ha quedado un camino para obtener papeles: el matrimonio. Conocer y establecer relaciones con posibles parejas no es difícil en estos momentos. Los patrones de vivienda y residencia han cambiado incluso para los indocumentados. Los barracones, sólo para hombres, que se ubicaban en los mismos ranchos donde trabajaban han sido casi abandonados. Los migrantes rentan casas y departamentos en pueblos y ciudades aledaños a sus centros de trabajo donde no están tan obviamente expuestos a las incursiones de la "migra".

La facilidad para relacionarse tiene que ver sin duda con las transformaciones en el mercado de trabajo que, en general, permiten a los migrantes, legales e indocumentados, tener una mayor socialización y contacto con personas del otro sexo, de cualquier país. De hecho, la división sexual del trabajo ha cambiado de manera radical. Anteriormente, sólo había hombres en ciertas actividades o, a lo sumo, existía una marcada separación de espacios y labores entre hombres y mujeres que limitaba las relaciones cotidianas entre ambos sexos. La tendencia actual, en cambio, es a combinar tareas y mezclar hombres y mujeres en los puestos y lugares de trabajo.

De este modo, la posibilidad de establecer relaciones entre ambos sexos se ha incrementado de manera notable tanto en los centros de trabajo como en las áreas residenciales. Las condiciones estaban dadas para que empezaran a perfilarse cambios en los patrones matrimoniales, como sucedió con los migrantes de Ameca, Jalisco.

Los matrimonios mixtos como objeto de estudio

Hasta ahora los matrimonios mixtos de los migrantes mexicanos a Estados Unidos han sido poco estudiados en México. Quizá por tres razones. En primer lugar, se trata de una realidad social nueva. Hasta hace poco tiempo, los migrantes preferían casarse con gente de su lugar de origen o, a lo sumo, con migrantes de otras localidades de México. Manuel Gamio (1930) reportaba en los años veinte que las principales barreras que limitaban la interacción entre mexicanos y americanos blancos eran raciales y religiosas. La excepción que parece confirmar la regla fueron los matrimonios mixtos entre hindúes y mexicanas, en el Valle Imperial, California, que se iniciaron en los años diez y que actualmente conforman el sustento de una comunidad biétnica, estudiada por Leonard (1992). En segundo lugar, los censos y encuestas realizados en México no ofrecen información cuantitativa al respecto y la información cualita-

tiva todavía es difícil de conseguir incluso en el ámbito local. Por último, se trata de un fenómeno que afecta a la población mexicana pero que se materializa en Estados Unidos, lo que dificulta la comprensión del mismo en México.

Del lado norteamericano, en cambio, ha habido mayor atención al asunto y se dispone de algunas fuentes de información estadística y de análisis al respecto. Con todo, hay que decir que se trata más bien de acercamientos al tema porque los trabajos engloban a la población hispana, mexico-americana y chicana. Esta mezcla acarrea problemas teóricos de definición y dificultades metodológicas para separar y distinguir nacionalidades, orígenes y adscripciones étnicas. En verdad, la tendencia en los estudios norteamericanos a englobar a los latinos como unidad impide ver la dinámica interna de los diversos sectores y nacionalidades que encubre el mundo latino en Estados Unidos. Hay que recordar que entre los años 1950-1970 hubo diferencias rotundas entre los chicanos y mexicanos respecto a las demandas en los mercados de trabajo (Santamaría 1988). Para los primeros resultaba fundamental la organización obrera como mecanismo para mejorar las condiciones laborales sobre todo en el medio agrícola; para los segundos, se trataba de ganar dólares para regresar a México, lo que hacía menos urgente y perentoria su participación en las luchas trabajadoras en Estados Unidos. Esta diferencia derivó en pugnas político-sindicales que retroalimentaron, por años, la distancia social y posiblemente la matrimonial entre ambos grupos.

Los estudios han insistido más bien en el análisis de las relaciones entre latinos y anglosajones. Con base en un análisis de apellidos, Schoen y colaboradores (1978), constataron que durante la década de 1970 se dio un incremento en el número de matrimonios entre gente de apellidos hispano y anglosajón en California, lo que les hizo suponer que se había iniciado un proceso de acercamiento entre ambos grupos en ese estado norteamericano. Según los mismos autores la situación de los hispanos en ese momento era radicalmente diferente a la de los afroamericanos. Se asemejaba más bien a la de los europeos del sur y del este, una o dos generaciones anteriores. No obstante, los autores afirmaban que ese proceso era característico de los hispanos en general, pero no de la población mexicana que vivía en Estados Unidos, la cual presentaba índices muy bajos de matrimonio con gente de apellido anglosajón.

Por su parte, los cálculos de Murguía (1982), realizados para el año 1970, indicaban que la tasa de exogamia entre los chicanos era de 16% para los hombres y de 17% para las mujeres. Algunos años antes, en 1953, la tasa había sido de 14% (Nostrand 1976). Así, según Murguía, los índices históricos de matrimonio entre chicanos y anglosajones habían sido notoriamente bajos y sólo a partir de la década de 1970 se percibía cierto incremento. En general, los ejemplos de exogamia solían concentrarse en áreas urbanas y eran más frecuentes entre personas que correspondían a una segunda o tercera generación de inmigrantes. Un análisis cuidadoso delataba incluso diferencias regionales: los matrimonios mixtos eran más frecuentes en California y Nuevo México que en Texas (Murguía 1982). Murguía coincidía con Schoen *et al.* en que las diferencias entre chicanos y anglos no eran tan fuertes como entre

afroamericanos y blancos; pero afirmaba que más bien operaba una combinación de barreras étnicas con diferencias de clase.²

Para Murguía eran las barreras de etnia y clase las que explicaban la lentitud de ese proceso. Las relaciones entre ambos grupos tenderían a incrementarse en la medida en que mejorara la actitud y el comportamiento de los anglosajones respecto a los chicanos y se diera, al mismo tiempo, un proceso de movilidad social en la comunidad chicana (Murguía 1982). Para Nostrand (1976) los chicanos "se asimilan con lentitud", situación que se advertía en tres indicadores: la persistencia del español como lengua materna, el escaso interés por cambiar de nacionalidad y la baja proporción de matrimonios exogámicos. Cualquier cambio en el proceso de asimilación podría comprobarse y evaluarse a partir de la modificación de estos indicadores, pensaba Nostrand (1976).

Un estudio reciente de Anderson y Sáenz (1994) enfocó el problema desde otro ángulo: la incidencia de los patrones residenciales en las relaciones interétnicas. Para estos autores, la oportunidad de establecer contacto, dada en buena medida por el lugar donde se vive, es un factor que afecta de manera directa el índice de matrimonios entre mexico-americanos y anglosajones. En la medida en que los mexicanos se desplacen e integren a otros barrios y compartan actividades con otros grupos, sugieren Anderson y Sáenz, sus probabilidades de establecer relaciones matrimoniales con grupos no latinos aumentarán considerablemente. Sin embargo, el cambio matrimonial parece haberse desarrollado de manera menos lineal que lo previsto por la literatura.

Ameca: "la aldea global"

La ciudad de Ameca, enclavada en el valle del mismo nombre, se localiza a 77 kilómetros al oeste de Guadalajara, la capital del estado de Jalisco. De acuerdo con los datos del Censo de Población de 1995 la población municipal era de 56,343. A partir de los años setenta el crecimiento demográfico de esa microrregión ha sido lento: 1.24% en 1970-1980; 1.26% en 1980-1990 y 0.57% en el lustro 1990-1995. El trabajo para los amequenses parece apenas bifurcarse entre dos actividades: el quehacer agropecuario y el empleo manufacturero, que operan muy relacionados. Se trata del empleo que genera el añoso e importante ingenio "San Francisco" donde se produce y procesa caña de azúcar. Ameca juega además un papel comercial para la microrregión agrícola donde se localiza (Martínez 1997). Sin embargo, los puestos de trabajo que se generan en los ámbitos comercial y de servicios parecen ser ocupados

2. Al parecer Murguía no toma en cuenta los estudios del Mexican-American Study Project, para el año 1963, donde se reporta que las novias mexicanas del condado de Los Ángeles se casaban principalmente con mexicanos de origen, en una alta proporción (48.5%), en segundo término preferían a los mexicano-americanos de segunda y tercera generación (31.5%) y sólo una quinta parte se casaba con extranjeros (19.9%). (Loyo 1969).

fundamentalmente por mujeres: a nivel local la estructura ocupacional femenina resulta más diversificada que la masculina.

Así, no es extraño que la migración a Estados Unidos se haya convertido y permanecido como una importante opción laboral para los amequenses; migración que aprendió a combinarse con los ritmos de trabajo del ingenio que concentra el empleo en unos cuantos meses del año. Una encuesta por muestreo realizada en 1992 mostró que más de la mitad (55%) de las familias entrevistadas tenía algún miembro que había trabajado alguna vez en Estados Unidos (MMP 1996). La mayoría de los migrantes suelen ser jóvenes que comienzan a salir de su tierra entre los 18 y los 35 años (MMP 1996; Martínez 1997). Tradicionalmente, se ha tratado de una migración temporal, de ida y vuelta, hacia ciudades y pueblos de California, Illinois y Nevada (Martínez 1997).

Un principio matrimonial básico del occidente de México, del cual participaba Ameca, era que el migrante debía buscar esposa en su pueblo de origen, o a lo sumo, en alguno de los pueblos aledaños con los que hubiera buena vecindad y tradición matrimonial (González 1973). En el caso de Ameca, una opción matrimonial extralocal era Guadalajara (Martínez 1997).

A pesar de las migraciones interna e internacional los migrantes volvían la mirada al pueblo a la hora de buscar esposa. La fiesta patronal era el momento clave para establecer contactos, formalizar compromisos, fijar fechas de matrimonios. Las redes sociales de migrantes, ancladas en el paisanaje, facilitaban la persistencia de los lazos endogámicos y la pertenencia a la comunidad que cada nuevo matrimonio, a su vez, reforzaba. El hijo ausente que comenzaba a descarriarse en el otro lado era rápidamente reintegrado al pueblo y a sus deberes mediante el matrimonio con alguna de las jóvenes del pueblo. La iglesia católica, por su parte, había aprendido a cuidar y vigilar a su grey en los lugares de origen y de destino. De este modo, buena parte de la carga disruptiva de la emigración en una sociedad tradicional pudo ser, durante mucho tiempo, controlada con éxito.

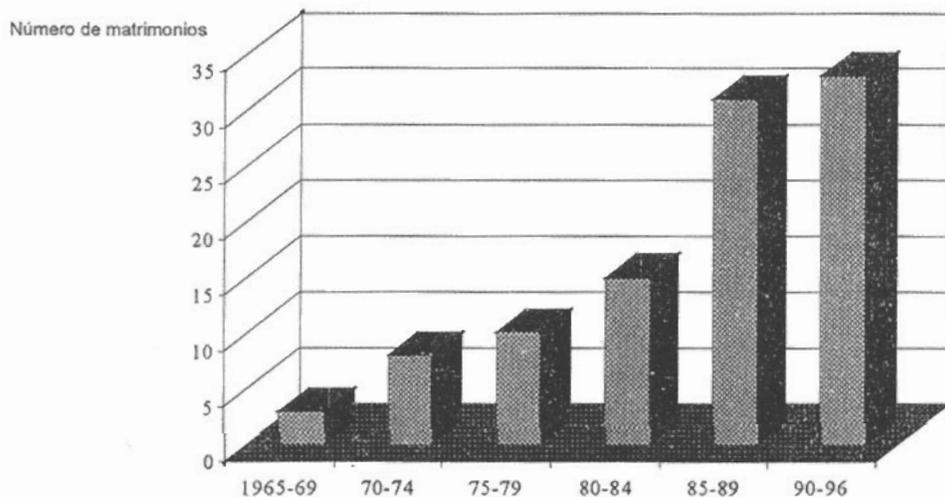
No obstante, algunos ejemplos mostraron la incipiente tendencia de los migrantes en Estados Unidos a casarse entre sí aunque fueran originarios de localidades diferentes. En una primera fase al menos se trató de parejas de regiones culturalmente afines que al regresar a México lo hicieron invariablemente en el lugar de origen de los maridos (Arias 1996). Como quiera, esta tendencia a la exogamia parecería haberse acentuado y diversificado con el incremento de la migración interna hacia la frontera norte.

La primera que rompió la norma en Ameca fue doña Guadalupe Nava. En 1965 al encontrarse de visita en la ciudad de México conoció a Warren Blackmer, un angloamericano, veterano de guerra como tantos que han escogido México para retirarse. Nava y Blackmer se casaron, decidieron formar una familia y quedarse a vivir en Ameca. Desde luego el caso tenía algo de atípico: no sólo fue la primera mujer amequense a casarse con un extranjero; además decidió permanecer en su propio pueblo, en lugar de irse a vivir a los Estados Unidos. La comunidad

amequense ha visto con buenos ojos a esta primera pareja mixta posiblemente por ser emprendedores y por haber educado "correctamente" a sus hijos, es decir, criándolos en México.

Con el tiempo los matrimonios mixtos se hicieron más frecuentes, sobre todo entre los migrantes en Estados Unidos. Pero como se aprecia en la Gráfica 1, fue en la década 1985-1996 cuando el ritmo de matrimonios mixtos aumentó de manera importante, lo que hace suponer que se trata de un cambio significativo en el patrón matrimonial local. En la mayoría de los casos se trata de emigrantes que se casaron en Estados Unidos cuando eran ilegales (74%). Uno de los objetivos de estas uniones era desde luego arreglar la situación legal del indocumentado. Cabe señalar que estos matrimonios resultaron bastante estables. El índice de divorcios y separaciones asciende 16%,³ es decir, sólo cuatro puntos porcentuales arriba de la tasa de divorcio estimada para el municipio de Ameca. En la actualidad, la mayor parte de los matrimonios mixtos reside en Estados Unidos (82%), en segundo lugar, en Ameca (7%) y sólo una pequeña proporción declaró que vivía entre ambos países (4%). Es decir, se trata de una población que se ha asentado en el otro lado; por lo tanto su proceso de integración tiene que ser analizado en Estados Unidos.

GRÁFICA 1
AÑO DE INICIO DEL MATRIMONIO ENTRE AMEQUENSES Y EXTRANJEROS

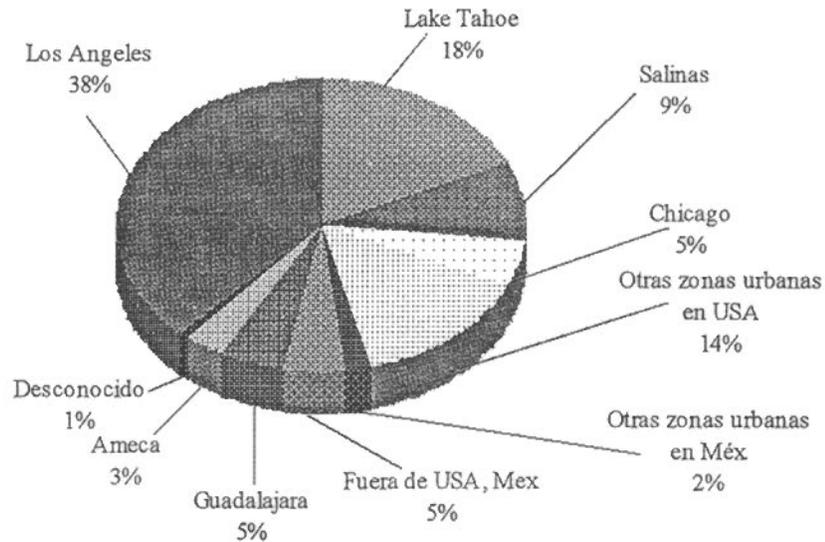


Fuente: Trabajo de campo.

En general, los amequenses se han casado con personas que viven en los lugares donde ellos llegan a trabajar (véase Gráfica 2). Sin embargo, se percibe una mayor proclividad al matrimonio mixto en las localidades urbanas, lo que reitera la existencia de una relación positiva entre mundo citadino y la exogamia (Murguía 1982).

3. 16 de las 100 parejas mixtas registradas habían disuelto su unión.

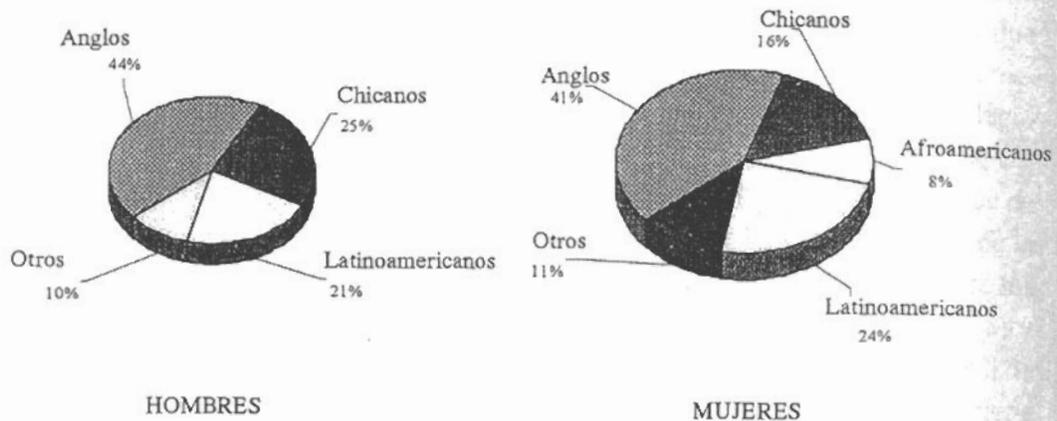
GRÁFICA 2
LUGAR DONDE SE CONOCIERON AMEQUENSES Y EXTRANJEROS



Los consortes de los amequenses corresponden a cuatro grandes clasificaciones: chicanos y latinos (44%), norteamericanos anglos (42%), afroamericanos (3%) y otras nacionalidades (11%). Llama la atención la variedad de nacionalidades de los consortes (véase Gráfica 3). Dentro del espectro cultural latino, además de los chicanos, los amequenses se han casado con gente de cinco países de Centroamérica: Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua; de cuatro países de Sudamérica: Brasil, Chile, Perú y Venezuela; con uno del Caribe: Puerto Rico. Los consortes norteamericanos son anglosajones, salvo tres afroamericanos y un indio sioux. La vieja Europa, el lejano oriente, el convulsionado oriente medio y los extremos del mundo también han hecho contacto con los amequenses: hay cónyuges alemanes, coreano, español, inglés, israelita, italiano y polaco. Finalmente, para completar el panorama se registran matrimonios con canadienses y australianos. Hasta la fecha, predominan los hombres en la proporción de matrimonios mixtos: 63%, que corresponde a una migración mayoritariamente masculina; sin embargo, llama la atención la elevada proporción femenina, que indica una salida ascendente de mujeres hacia el otro lado.

En verdad, en este proceso de mundialización son las mujeres las que más han ampliado el horizonte conyugal, aspecto que ya ha sido constatado en estudios sobre exogamia chicana (Murguía 1982) y que confirma una regla mucho más extendida, que pone en evidencia la mayor facilidad con que las mujeres suelen contraer matrimonio con personas de otras razas o

Gráfica 3
Matrimonios mixtos por sexo y origen étnico



culturas (Leonard 1992). Mientras los varones de Ameca claramente bifurcan su preferencia entre las latinas –chicanas y latinoamericanas– (46%) y las anglosajones (44%), las mujeres han optado por un esquema más diversificado. Si bien la mayor parte de ellas se ha casado con anglosajones (41%), las restantes han elegido como pareja a personas de un amplio rango de razas y nacionalidades, además de latinoamericanos y chicanos; inclusive tres matrimonios con afroamericanos (8%) corren por cuenta de las amequenses.

Pero no sólo eso. Relaciones que hasta hace no pocos años causaban malestar y tensión social han pasado a ser motivo de orgullo. El matrimonio entre una amequense y un coreano, por ejemplo, se ha convertido en un elemento que otorga prestigio a la familia de origen: hasta Ameca han llegado las noticias de que los coreanos tienen o alcanzan un nivel económico más elevado que los mexicanos. El cambio y la tolerancia se advierte en los rituales: hay que hacer concesiones a suegros y familiares que llegan de lugares lejanos y traen consigo música, comida y costumbres diferentes. En una boda reciente llamó la atención que la cena fuera alumbrada únicamente por velas. La iluminación habitual con lámparas tuvo que dar paso a la luz tenue y romántica que vino del Norte.

Conclusiones

El ejemplo de Ameca descubre una situación nueva e inédita en el largo historial de la relación migratoria entre México y Estados Unidos: el surgimiento de una dinámica de matrimonios mixtos que anuncia, finalmente, la existencia de un proceso de establecimiento e integración de los migrantes en el otro lado.

En verdad, llama la atención la aceptación social o, por lo menos, la ausencia de crítica y resistencia que han logrado los matrimonios mixtos en Ameca. Anteriormente, las comunidades en México eran muy celosas y cautelosas cuando alguno de sus miembros establecía relaciones amorosas con gente de otra localidad, peor aún de la frontera o de Estados Unidos, ya fuera en versión chicana o norteamericana. La noticia de una situación de esa naturaleza solía desatar la puesta en marcha de una serie de medidas de control, por lo regular bastante eficaces, para hacer volver al infractor al redil local. Una de ellas era, desde luego, presionarlo a que se casara con alguien de la comunidad. La nueva actitud de tolerancia tiene que ver quizá con el hecho, final o fatalmente aceptado, de que las parejas residen y van a permanecer fuera de la localidad, van a construir su vida en Estados Unidos. La nueva actitud parecería indicar que comunidades de emigrantes como Ameca han entendido que se encuentran inmersas en una situación migratoria nueva y definitiva que hay que aceptar con todas sus consecuencias, entre ellas, la ruptura del patrón matrimonial.

De este modo, habrá que constatar y analizar una serie de interrogantes respecto a la forma de incorporación de los matrimonios mixtos en Estados Unidos: hasta ahora no se sabe —y es muy difícil saberlo desde México— cuáles son y serán los dilemas y las opciones residenciales, laborales, educativas, políticas de esas parejas que se han formado con miembros provenientes de grupos y nacionalidades distintos. A juzgar por las preferencias matrimoniales, sobre todo masculinas, la vieja distancia entre chicanos y mexicanos parece haberse acortado mucho. Quizá porque hoy en día los une el propósito compartido de construir su vida en Estados Unidos. Esta nueva situación afectará, por ejemplo, el ámbito de las demandas laborales y sociales de los latinos en un sentido mucho más amplio que antes.

Llama la atención también la diversificación de opciones matrimoniales de parte de las mujeres de Ameca. De algún modo, se esperarí de ellas un comportamiento más tradicional en cuanto a la selección del cónyuge. Este no parece ser el caso: las amequenses, como otras mujeres de otros orígenes, han mostrado bastante audacia y originalidad a la hora de escoger a su media naranja. Esta actitud sugiere que las mujeres de hoy han empezado a dejar de representar la franja tradicional de la sociedad, el depósito de las viejas costumbres, la transmisora de los antiguos valores de las sociedades rurales en México. Con su actitud de apertura a opciones conyugales que abren ventanas a mundos culturales muy distintos a los mexicanos, parecen decir que si hay algo que conservar en las comunidades de origen, va a ser tarea de todos, no sólo de ellas.

Más aún, con las nuevas leyes migratorias que restringen las opciones de legalización, la alternativa matrimonial ha quedado como la única vía de acceso para obtener papeles. Por información recabada en trabajo de campo se ha podido constatar que un sector de varones americanos prefieren, en la actualidad, casarse con mujeres hogareñas que están dispuestas a tener y cuidar hijos. En este contexto las mujeres mexicanas podrían conseguir, con mayor facilidad, pareja en Estados Unidos.

El matrimonio mixto significa desde luego una fisura en la cohesión cultural de los pueblos migrantes en México. Sin embargo, esta ruptura de las lealtades locales puede ser vista al mismo tiempo como parte de un fenómeno de reforzamiento de una identidad latina más amplia. El predominio de los matrimonios mixtos de mexicanos con chicanos y latinoamericanos en Estados Unidos sugiere que la identidad latina está siendo nutrida con sangre afín proveniente de muchos veneros, lo que dará por resultado una identidad cultural de los latinos en Estados Unidos mucho más rica y original de lo que podemos apenas imaginar.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON Robert y Rogelio SAENZ. 1994. "Structural Determinants of Mexican American Inter-marriage, 1975-1980". *Social Science Quarterly*, vol. 75, n°2. The University of Texas Press. junio, pp.414-430.
- ARIAS, Patricia. 1996. "Mujeres en los negocios y mujeres de negocios", manuscrito.
- BARBARA, Agustín. 1993. "Unions sans Frontières". *Hommes & Migrations*, n°1167. Julio, pp.10-14.
- CHERMAYEFF, Ivan *et al.* 1991. *Ellis Island. An Illustrated History of the Immigrant Experience*. Nueva York: Maxwell Macmillan International.
- GAMIO, Manuel. 1930. *Mexican immigration to the United States*. Chicago: The University of Chicago Press.
- GONZÁLEZ, Luis. 1973. *Pueblo en vilo*. Zamora: El Colegio de Michoacán. Segunda ed.
- GUZMÁN, Ralph. 1979. "La repatriación forzosa como solución política concluyente al problema de la emigración ilegal. Una perspectiva histórica". *Indocumentados. Mitos y realidades*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales.
- LEONARD, Karen Isaksen. 1992. *Making Ethnic Choices. California's Punjabi Mexican Americans*. Philadelphia: Temple University Press.
- LOYO, Gilberto. 1969. "Prólogo". Manuel Gamio. *El inmigrante mexicano: la historia de su vida*. México: UNAM.
- MARTÍNEZ CUIEL, Enrique. 1997. *En el norte y el pueblo hay zafra para el obrero. La migración laboral a Estados Unidos: Un estudio de caso en Ameca, Jalisco*. Guadalajara, Tesis de Licenciatura en Sociología, Universidad de Guadalajara.
- MCDONELL, Patrick. 1997. "Immigration, Naturalization and Dual Citizenship". *Migration News*, vol.4, n°2. Febrero. Boletín del INS.
- MORALES, Patricia. 1982. *Indocumentados mexicanos*. México: Editorial Grijalbo.
- MURGUÍA, Edward. 1982. *Chicano Inter-marriage: A Theoretical and Empirical Study*. Trinity University Press, San Antonio Press.
- MEXICAN MIGRATION PROYECT (MMP). 1996. MIGFILE. MRDF. Population Studies Center. Philadelphia, Universidad de Pennsylvania, productor y distribuidor, enero.

- NOSTRAND, L. Richard. 1976. *Los chicanos: geografía histórica regional*. México: SepSetentas.
- SANTAMARÍA, Arturo. 1988. *La izquierda mexicana y los trabajadores indocumentados*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- SCHOEN, Robert, Verne E. NELSON y Marion COLLINS. 1978. "Intermarriage Among Spanish Surnamed Californians, 1962-1974". *International Migration Review*, n°12, pp. 359-369.
- U.S. DEPARTMENT OF LABOR. 1996. *Characteristics and Labor Market Behavior of the Legalized Population. Five Years Following Legalization*. Estados Unidos.